

Los molinos del rock

Eduardo Tébar

Periodista y crítico musical.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA HA SIDO UN fleco estético recurrente en el pop y en rock. Tanto o más que los personajes de Shakespeare, esos Romero y Julieta que llegaron hasta la visión neoyorquina de Lou Reed. Su calado en la cultura popular resulta gigante. Y no existe arte más popular, más horizontal, que la música pop. También es cierto que la mayor parte de su influencia se circunscribe a la producción en castellano. De manera remota, penetró en el ambiente cultural anglosajón la representación teatral de Man of La Mancha, adaptado por Joe Darion. Una obra a la que puso música Mitch Leigh y que catapultó Jacques Brel en el álbum *L'Homme de la Mancha* (1968). En la Francia pop, solo se había aproximado al formato conceptual Brigitte Fontaine. En 1970, Michel Polnareff lanza sus famosas Polnareff's. En 1971, *Histoire de Melody Nelson*, de Serge Gainsbourg, rompe con el pop galo por su ambición de contar un filme sonoro exuberante en detalles. Ah, y la rara alianza de Léo Ferré con Zoo, unos chavales que tocaban rock progresivo. Pero la antesala se plantó ahí: el apocado y arrebatador Brel cantando *Dulcinéa*. Esto nos lleva a una conclusión demoledora. Sí, afuera encararon al Quijote con seriedad y profusión antes que en España.

Y esto nos lleva a una segunda cuestión. ¿Ha sido la vanguardista novela de Cervantes objeto de plétora en los poetas del rock? La respuesta es sí. Pero en solo parte. Y —esto llama la atención— los ejemplos más avanzados surgen ya

en el siglo XXI, cuando el lenguaje de la música pop toca fondo y comienza a reciclarse a sí mismo. En 2001, el cantautor asturiano cambia el paradigma del rock independiente español con la publicación de su primer disco en solitario, *Actos inexplicables*. Un trabajo de esencia acústica, el manifiesto de un artista dispuesto a romper moldes generacionales. Un veinteañero alto, pálido y con el rostro camuflado tras la melena. ¿Un indie tímido enfrentándose a la realidad en castellano? ¿De verdad? Sí, todavía cuesta creerlo. La gestación de *Actos inexplicables* está llena de contradicciones. El chico triste, sin voz, inmóvil, flemático, que inundaba el escenario con una poética brutal. Sin pestañear. ¿Un cantautor que abre su primer disco con un instrumental? ¿Un tratado sobre el norte (geográfico y emocional) grabado en El Puerto de Santa María? Todo muy extraño. Decía Platón que todas las grandes cosas se edifican en el peligro. Bien, si el rock es ponerse a uno mismo en peligro, *Actos inexplicables* es un grandísimo disco de rock. Vegas tenía algo importante que contar. Hasta la portada infunde ese marchamo de clásico. Un Nacho mesiánico en blanco y negro, a lo Tim Hardin. Y sin ocultar mitomanía: una cita de Nick Drake en el interior daba pistas. La inclusión de *Pink moon* en un anuncio televisivo de Volkswagen en 2000 provocó que en un mes se vendieran más discos de Drake que en las tres décadas precedentes. Vegas y Drake tenían mucho en común. Ambos eran poetas atormentados que susurraban

mientras en el rock se ventilaban las penas a gritos. De manera tangencial, afloraban ecos de jazz y música clásica. Pero lo más epatante era el sesgo confesional. Yo y mis pecados. Nacho Vegas entrevistó en aquella época a su admirado Smog. Se tomó al pie de la letra aquellos versos larvados de Bill Callahan: «Y espero que no te importe que me apropie de tu vida privada, la azote sobre la mesa y la trocee con un cuchillo.»

La música se puede clasificar por géneros, pero también por las emociones que inspiran en quien la escucha. La alegría, el consuelo, el enardecimiento o la complacencia. Nacho Vegas se erigió en un yo cómplice. Había recovecos, latitudes profundas, que los músicos del rock patrio no aireaban. Nadie de embarraba. Nadie iba al fondo de las cuestiones. Y el trabajo sucio lo realiza Nacho Vegas, ¡un tímido! En la Asturias de la posreconversión, irrumpe uno del pop que parece Patxi Andión. Increíble. Demasiado cantautor para los indies y demasiado indie para los cantautores. Desde luego, no era el contexto para arrancarse por sevillanas. Un artefacto de tal empaque histórico se cerraba con Molinos y gigantes, una pieza visceral que abría el camino a una carrera más enjundiosa y excitante de la música española de la nueva centuria.

*Creí ver molinos en el horizonte / y allí
me di de bruces con gigantes / Y nada fue
tan real / no, nada fue tan real.*

La letra habla del abismo de quien quiere huir de sí mismo. Del consuelo en las drogas y de la tramposa alianza con el camello. Del sentimiento de pequeñez: todo lo que alcanzamos a ver nos sobrevivirá. Un panorama que traza la dualidad entre la realidad y el espejismo, entre el escapismo y el horror. Nacho Vegas procede de una generación de españoles que hicieron de la música un espacio herméticamente cerrado a la verdad mundana del país. Un contexto en el que Julio Anguita era representado en los guiñoles televisivos como el Quijote de nuestro tiempo después vislumbrar antes que

ningún otro político el mapa económico de Europa en el futuro. A su vez, la metáfora de los molinos y los gigantes aparece en el cancionero de nombres tan dispares como Julio Rospir, Parking Fox o Invisible.

Por su parte, el donostiarra Rafael Berrio, acaso el tótem de la literatura en el rock español en la actualidad, pergeñó en 2013 uno de los grandes casos de identidad quijotesca en la canción. Dicen que nunca llegan tarde las hadas. Cuando atravesaba el piélago de la cincuentena, el de San Sebastián exhibió una espléndida madurez como cantante y compositor. El genio de este vasco discreto, afanado bebedor de vinos, no es ningún secreto entre los músicos y poetas de la zona, aunque nunca le benefició una trayectoria tan guadianesca, de eterno diletante. Visto en la lejanía, resulta hasta alegre y luminoso el último disco que grabó como Deriva, en 2005. Entonces, al abrigo de la cálida voz de Virginia Pina y con un amplio refuerzo de músicos solventes, donde figuraba Diego Vasallo. Concebido como secuela de 1971 –su aplaudida reinención en 2010–, Diarios descubre a un Berrio impúdico con piel de crooner. Feliz hallazgo para el oyente, poco acostumbrado a encontrar por aquí intenciones barrocas que enlazan con Brel y Scott Walker. En los créditos solo se cita a Joserra Senperena, que pone la alfombra de piano y arreglos orquestales, además de firmar la producción. Un acercamiento modesto a los pletóricos setenta españoles, cuando Juan Carlos Calderón ejercía de poderoso director musical. ¿Alguien imagina a Calderón vistiendo la suntuosidad poética de Paco Ibáñez? En ese holograma se sitúa Diarios.

Todo el álbum se vertebra sobre la orfebrería de unos textos que capturan el hechizo de la alta literatura. En ese sentido, el trabajo de Berrio es apabullante, meticuloso y abrumador. Habla a corazón abierto —como el Baudelaire de Mi corazón al desnudo— y lo cuenta con maestría de perro viejo. Un verso de Las pequeñas cosas —«sé que voy a ser infeliz

«Un paso allá: ya no es el soñador Quijote ni la bella Dulcinea. Ahora el foco se pone en Sancho Panza, un contrapeso filosófico y refracción de las miserias locales. Si Quijote es universal, Sancho es nacional.»

«¿Ha sido la vanguardista novela de Cervantes objeto de plétora en los poetas del rock?»

toda mi vida»— resume el hastío, la tristeza congénita, el esplín que sobrevuela por las canciones. Pero estos exorcismos de dietario suelen tener trampa. En ocasiones, Berrio alterna la segunda persona. Ocurre con el protagonista de La alegría de vivir, un ser de existencia abatida y desencantada, que termina meneando sus angustias en un vals. Ironía y nihilismo.

*En esas lindes del fin / cuando más
que Quijotes seamos / cabales Alonsos
Quijanos / apeados ya del rocín.*

El Quijote no es ya un postizo recurrente, sino un molde poético amalgamado en una canción colosal que, como salmodia coheniana, trenza las reflexiones de un hombre en el final de su vida. «Cuando ya no locos, sino cuerdos, a conciencia nos dejemos ir», entona Berrio.

En cambio, la metabolización cervantina de Loquillo acude al tópico carpetovetónico en su último álbum, Viento del este (2016). En concreto, en la canción que da título al disco. «País de Quijotes, bufones y buscones / saludan desde el mar», canta el roquero barcelonés con bruma de taberna irlandesa. Cervantes, Velázquez y Quevedo. Más excitante e irónico resulta el dardo lírico de la banda León Benavente en su debut, León Benavente (2013). El grupo, formado por los músicos y el equipo técnico que habitualmente acompaña a Nacho Vegas, se erigió en su estreno en vivo manifiesto del rock alternativo que brota tras el 15M. La lírica de Abraham Boba refleja la asfixia de una generación joven y preparada a la que le han cortado las alas. Su música bebe del after-punk que se dio tanto en Inglaterra como en La Movida. Sus letras, aunque punzantes, no están exentas de humor y acidez. La clara muestra de que se puede

ser político sin incurrir en lo panfletario ni en la monserga. *La voz de tu generación / la salvación y la esperanza / más que Quijote, Sancho Panza / más que un dios, un peso en la balanza*, proclaman en Ánimo, valiente. Un paso allá: ya no es el soñador Quijote ni la bella Dulcinea. Ahora el foco se pone en Sancho Panza, un contrapeso filosófico y refracción de las miserias locales. Si Quijote es universal, Sancho es nacional.

Por supuesto, abundan los guiños directos e indirectos. En 2013, el combo de surf instrumental Los Coronas tituló un disco Adiós Sancho. No se trata de una frivolidad gratuita: para desmarcarse de los miles de grupos que practican surf a la norteamericana, los malasañeros recurren a rasgos distintivos para españolizar su música. ¿El más evidente? Cambiar el común saxo abrasivo por una trompeta de la cabra. Un ejercicio similar al Don Quijote de Los Jets en 2003. Su antecedente histórico se encuentra en los instrumentales de Los Relámpagos, que inmortalizaron su particular Dulcinea. Por su lado, es célebre el Quijotes eléctricos de Topo, abanderados del rock de la Transición. La Orquesta Mondragón se aventuró con El blues de Don Quijote. Mägo de Oz hicieron célebre su neandertal Quijote y Sancho, himno del metal patrio. Una pizpireta Rocío Dúrcal protagonizó el filme Rocío de La Mancha, dirigido por Luis Lucía Mingarro, en 1963. La banda sonora incluía piezas como Mi señora Dulcinea o Don Quijote en los albores del ye-yé. El volumen de Cervantes, ese mar narrativo, esa selva ideal que decía Ortega y Gasset, fue homenajeado en 2005 por los alemanes Scorpions y por los míticos Deep Purple. Y el ejemplo marciano: Antonio Arias, líder de Lagartija Nick, lleva su rock cósmico al Observatorio Espacial del Teide, en Tenerife, en 2016. La iniciativa cosmológica se enmarca en el Experimento Quijote. —